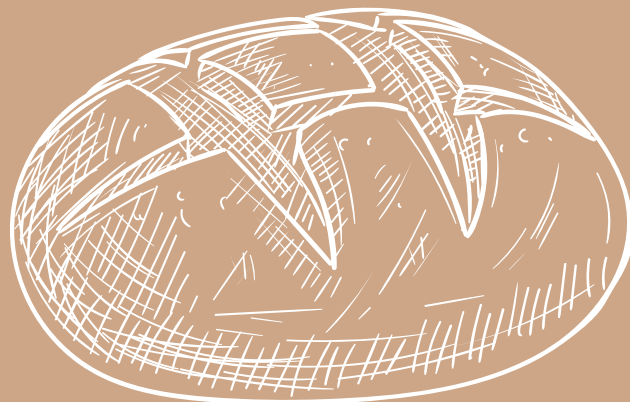


Martes Santo



INCONDICIONAL



Evangelio

Del evangelio de Juan (13,21-33.36-38):

En aquel tiempo, estando Jesús a la mesa con sus discípulos, se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo: «En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar». Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía.

Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: «Señor, ¿quién es?». Le contestó Jesús: «Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado». Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: «Lo que vas hacer, hazlo pronto».

Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: "Donde yo voy, vosotros no podéis ir"»

Simón Pedro le dijo: «Señor, ¿a dónde vas?». Jesús le respondió: «Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde».

Pedro replicó: «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti». Jesús le contestó: «¿Con que darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Meditación

Ante la sentencia pronunciada por Jesús con la autoridad que le concierne (enfaticada en el evangelio de Juan por el doble amén: *en verdad, en verdad*) los discípulos, a diferencia que Mc y Mt, que preguntan individualmente a Jesús, se miran entre ellos.

A continuación, ante la incertidumbre provocada, se genera una situación de lo más esperada. Aquel que había sido llamado entre los primeros, al que Jesús había reforzado su autoridad, al que había lavado los pies tras negarse, vuelve a sentir la inseguridad ante su maestro, al que sigue sin entender, y siente la necesidad de instar quizás al más pequeño y favorito de su Señor a que le pregunte.

La respuesta se realiza a través de una señal, un gesto que quiere dar la oportunidad de amor a su amigo, se va a convertir en el comienzo hacia una entrega a la muerte que Jesús, a pesar de toda la pena que le supone, acepta.

Por eso, el hijo del hombre, en referencia a sí mismo, es glorificado ahora, porque es el momento en el que Jesús afronta su inminente muerte, en que acepta demostrar el amor infinito de Dios mediante la cruz.

Así introduce Jesús su discurso de despedida, de nuevo incomprendido por Pedro, que con su ingenua y atrevida iniciativa, irrumpe el discurso para proponerse como defensor de su maestro. Ante esto Jesús, con la misma autoridad que con Judas profetiza la actitud de Pedro y su triple negación.

Nos encontramos, por tanto, ante dos actitudes que seguiremos reflexionando durante estos días previos al triduo pascual. La postura de aquel que no comprende pero que es capaz de seguir al Señor a pesar de todos sus errores, o la de aquel que no acepta la verdad que trae Jesús, y aunque es experto en esconder sus intenciones a sus amigos, no es capaz de mirar a su Amigo cara a cara, sino que prefiere entregarlo.

A pesar de todo, no debemos mirar a Judas como el culpable principal de toda esta historia, sino como uno más que se dejó embaucar por el poder del maligno. Todos participamos en la entrega de Aquel que nos ama con infinita ternura. La conversión no consiste en buscar a nuestro alrededor responsables del mal que ocurre, sino reconocer en el fondo de nuestro corazón la necesidad de una mirada de amor que nos reconduzca y nos revitalice hacia la entrega sin medida.

Oración

Déjame, Señor, aceptar tu pan untado,
lleno de amor, de misericordia y ternura.
Vacía, Jesús, mi corazón que está cansado
de caminar por esta vida en amargura.

Rompe, Salvador, todo aquello que me ata
y me impide saltar hacia tu vida eterna.
Acoge, Dios mío, mi arrepentida alma
para reencontrarme con tu mirada tierna.

Sé tú, mi Pastor, cayado donde apoyarme
fortaleza y paz para las veces que caigo.
Enséñame, maestro, a siempre fiarme
para entregarme con pasión a mis hermanos

Reflexión

- Jesús siempre nos ofrece su amor, pero nos da la opción de aceptar su pan untado. ¿Elijo en mi vida el amor de Dios o me dejo llevar por mis propios egoísmos? **Dejémonos mirar por Jesús, para aceptar con humildad el amor infinito que nos ofrece sin pedir nada a cambio.**
- La negación de Judas a aceptar el amor que Jesús ha venido a traer lo lleva al mayor error de su vida. ¿Qué actitudes de nuestra vida nos lleva a no aceptar la buena noticia que nos trae Jesús? **Reflexiona sobre qué actitudes te llevan a impedir que el amor de Cristo inunde tu vida.**
- Pedro sigue sin entender a Jesús, que rompe sus esquemas continuamente, que frente al poder responde con amor. ¿Somos capaces de dejar que Jesús rompa los esquemas de nuestra vida? **Escucha tu conciencia y busca aquellas ideas en las que te has quedado encerrado y deja que el Espíritu Santo te llene de creatividad e iniciativas nuevas.**

Profundización

Dentro de la historia divino-humana de la pasión de Jesús hay muchas pequeñas historias de hombres y de mujeres que han entrado en el radio de su luz o de su sombra. La más trágica de ellas es la de Judas Iscariote. Es uno de los pocos hechos atestiguados, con igual relieve, por los cuatro evangelios y por el resto del Nuevo Testamento. La primitiva comunidad cristiana reflexionó mucho sobre el asunto y nosotros haríamos mal a no hacer lo mismo. Tiene mucho que decirnos.

Judas fue elegido desde la primera hora para ser uno de los doce. Al insertar su nombre en la lista de los apóstoles, el 'evangelista Lucas escribe: «Judas Iscariote que se convirtió (egeneto) en el traidor» (Lc 6, 16). Por lo tanto, Judas no había nacido traidor y no lo era en el momento de ser elegido por Jesús; ¡llegó a serlo! Estamos ante uno de los dramas más sombríos de la libertad humana.

¿Por qué llegó a serlo? En años no lejanos, cuando estaba de moda la tesis del Jesús «revolucionario», se trató de dar a su gesto motivaciones ideales. Alguien vio en su sobrenombre de «Iscariote» una deformación de «sicariote», es decir, perteneciente al grupo de los zelotas extremistas que actuaban como «sicarios» contra los romanos; otros pensaron que Judas estaba decepcionado por la manera en que Jesús llevaba adelante su idea de «reino de Dios» y que quería forzarle para que actuara también en el plano político contra los paganos. Es el Judas del célebre musical «Jesucristo Superstar» y de otros espectáculos y novelas recientes. Un Judas que se aproxima a otro célebre traidor del propio bienhechor: ¡Bruto que mató a Julio César para salvar la República!

Son todas construcciones que se deben respetar cuando revisten alguna dignidad literaria o artística, pero no tienen ningún fundamento histórico. Los evangelios –las únicas fuentes fiables que tenemos sobre el personaje– hablan de un motivo mucho más a ras de tierra: el dinero.

A Judas se le confió la bolsa común del grupo; con ocasión de la unción de Betania había protestado contra el despilfarro del perfume preciosos derramado por María sobre los pies de Jesús, no porque le importaran de pobres –hace notar Juan–, sino porque “era un ladrón y, puesto que tenía la caja, cogía lo que echaban dentro» (Jn 12,6). Su propuesta a los jefes de los sacerdotes es explícita: «¿Cuanto estáis dispuestos a darme, si os lo entrego? Y ellos fijaron treinta siclos de plata» (Mt 26, 15).

Pero ¿por qué extrañarse de esta explicación y encontrarla demasiado banal? ¿Acaso no ha sido casi siempre así en la historia y no es todavía hoy así? Mammona, el dinero, no es uno de tantos ídolos; es el ídolo por antonomasia; literalmente, «el ídolo de metal fundido» (cf. Éx 34,17). Y se entiende el porqué. ¿Quién es, objetivamente, si no subjetivamente (es decir en los hechos, no en las intenciones), el verdadero enemigo, el competidor de Dios, en este mundo? ¿Satanás? Pero ningún hombre decide servir, sin motivo, a Satanás. Quién lo hace, lo hace porque cree obtener de él algún poder o algún beneficio temporal. Jesús nos dice claramente quién es, en los hechos, el otro amo, al anti-Dios: «Nadie puede servir a dos amos: no podéis servir a Dios y a Mammona» (Mt 6,24). El dinero es el «Dios visible», a diferencia del Dios verdadero que es invisible.

Mammona es el anti-dios porque crea un universo espiritual alternativo, cambia el objeto a las virtudes teologales. Fe, esperanza y caridad ya no se ponen en Dios, sino en el dinero. Se opera una siniestra inversión de todos los valores. «Todo es posible para el que cree», dice la Escritura (Mc 9,23); pero el mundo dice: «Todo es posible para quien tiene dinero». Y, en un cierto nivel, todos los hechos parecen darle la razón [...]

He aquí a lo que debe empujarnos la historia de nuestro hermano Judas: a rendirnos a aquel que perdona gustosamente, a arrojarnos también nosotros en los brazos abiertos del crucificado. Lo más grande en el asunto de Judas no es su traición, sino la respuesta que Jesús da. Él sabía bien lo que estaba madurando en el corazón de su discípulo; pero no lo expone, quiere darle la posibilidad hasta el final de dar marcha atrás, casi lo protege. Sabe a lo que ha venido, pero no rechaza, en el huerto de los olivos, su beso helado e incluso lo llama amigo (Mt 26,50). Igual que buscó el rostro de Pedro tras la negación para darle su perdón, ¡quién sabe como habrá buscado también el de Judas en algún momento de su vía crucis! Cuando en la cruz reza: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34), no excluye ciertamente de ellos a Judas.

¿Qué haremos, pues, nosotros? ¿A quién seguiremos, a Judas o a Pedro? Pedro tuvo remordimiento de lo que había hecho, pero también Judas tuvo remordimiento, hasta el punto que gritó: «¡He traicionado sangre inocente!» y restituyó los treinta denarios. ¿Dónde está, entonces, la diferencia? En una sola cosa: Pedro tuvo confianza en la misericordia de Cristo, ¡Judas no! El mayor pecado de Judas no fue haber traicionado a Jesús, sino haber dudado de su misericordia.

Estaba también con ellos Judas, el traidor (Rainiero Cantalamessa)